

dades — escribe Iturralde en su poético estilo (1),— sin ríos que le den frescura, sin árboles que le presten sombra, con un clima brusco y extremado, sin más movimiento ni otra industria que la agrícola de la localidad, elévase sombrío y silencioso sobre su inmenso pedestal de roca, como reposa el Ibis legendario sobre las pirámides. Su aspecto, triste con la tristeza de las ruinas, está impregnado como ella de la poesía del recuerdo, existiendo entre pueblo y campiña notable analogía: colinas peladas en su mayor parte y casi exhaustas de vegetación arbórea; barrancos donde quizá serpearon riachuelos cuando aquello fué selva, y en los que hoy solo se encuentran piedras; jarales bravos donde se oculta abundantísima caza; yerba finísima y aromática, pero de matices polvorientos como una alfombra raída; arbustos retorcidos por el huracán: todo es allí rudo, melancólico y severo. Las casas de Ujué son del tono quemado de la sierra: sus calles, tortuosas y de una pendiente inverosímil, están empedradas con cantos á los que el uso y la corriente de las aguas llovedizas han dado su pulimento, y en aquellas vías desiertas penetra el viento con violencia espantable, azota furioso las pobres viviendas, y lanzando bramidos de inusitada resonancia y quejumbrosas voces parece relatar tristes memorias. Fué esta villa murada, y próxima al templo de Nuestra Señora debió de existir la imponente fortaleza conocida con el nombre de *Castillazo*: de la cual aún se conservan vestigios.

La iglesia de Ujué encierra un interesante problema arqueológico, que solo podrá resolverse haciendo un detenido estudio del monumento. Su construcción interior pertenece á dos épocas muy distintas: la nave, hoy única, en otro tiempo acompañada de naves laterales, es obra del siglo XIV; el presbiterio, con sus tres ábsides y el principio marcado de tres naves, interrumpidas con la construcción de la gran nave ojival, son de un tiempo que

(1) En un precioso artículo titulado *Recuerdos de Ujué*, publicado en el n. 164, tomo XII de la revista vascongada *Euskal-erria*.

no es fácil determinar sin maduro examen. Esta curiosísima parte de la fábrica ofrece la particularidad de que los arcos de sus naves, correspondientes á sus tres ábsides, son ultrasemicirculares ó de herradura, forma completamente extraña á los edificios románicos del décimo al duodécimo siglo. ¿Diremos por esto que esa porción antigua de la iglesia de Ujué es del siglo VIII ó IX? Temerario sería establecerlo. No hay fundamento tampoco para negarlo en absoluto, en la actual carencia de datos respecto de este monumento.

La imagen de la Virgen que en este templo se venera, se conserva cuidadosamente en su altar mayor: es de madera, revestida de chapa de plata, como lo está también el Niño, colocado en el regazo de la Santa Madre: mide 91 centímetros de altura; tiene las manos abiertas,



UJUÉ.—IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA

presentando una manzana entre los dedos pulgar é índice de la mano derecha, y Jesús, con la diestra levantada en actitud de bendecir, ostenta en la mano izquierda el libro de la Nueva Ley. Ofrece no poca semejanza esta efigie con otras que hemos visto de estilo bizantino (1): y surge de su contemplación otra duda análoga á la que nos ha sugerido la vista de la parte antigua del templo. La atribución de esta imagen á algún escultor bizantino de la época visigoda ¿será tan descabellada como podrá suponerlo la crítica escéptica que lo niega todo sin examen? ¿Será acaso obra de los siglos X ó XI, inspirada por el arte bizantino? Me limito á plantear el problema sin pretender resolverlo, indicando meramente que en favor de la solución primera militan la aspiración á la regularidad clásica en el semblante de la Virgen y del Niño, y en las manos de ambos, aspiración vencida por la inexperiencia, según se advierte en la forma de los ojos, abultados y prominentes, y en la forma de los dedos; la placidez grave de la expresión; la postura simétrica, rígida y hierática de la figura; el plegado de las ropas de ésta, en que se ven reminiscencias del plegado corágico griego; y por último el carácter enteramente oriental del indumento, franjado y gemado á la manera de las vestiduras imperiales. No negaré la posibilidad de que al poner á la imagen, acaso en el siglo XIV, el revestimiento de hoja de plata realzada con pedrería que hoy vemos, haya cambiado algún tanto el carácter del ornato en las franjas del indumento superior que llevan así la Virgen como el Niño; pero su disposición general no puede haberse alterado, y ésta es la que principalmente constituye la fisonomía neo-griega de la santa imagen. La silla ó trono en que está sentada Nuestra Señora, chapada también de plata, ostenta en la parte delantera escudos con las armas reales de Navarra posteriores á los Teobaldos, y además seis medallones: dos en cada uno de los cos-

(1) Entre ellas señalaremos la titulada *Virgen de la Vega*, de la iglesia de San Esteban de Salamanca, que aunque menor en tamaño, presenta los mismos caracteres de escuela.

tados y dos al frente: en el centro de aquellos hay una imagen de la Virgen; en el de éstos, se halla la figura del Salvador dando la bendición. Esta silla, cuyo actual revestimiento puede quizá pertenecer á la época de Don Carlos *el Malo*, gran devoto de la santa imagen, ¿será por ventura su trono primitivo? Su hechura no desdice de la que se observa en otras imágenes bizantinas. Lo que causa grima son las voluminosas coronas con que en tiempos posteriores abrumaron las cabezas de las dos figuras, el ramo de flores de trapo que pusieron en la mano derecha de la Virgen, y la nube de forma barroca con cabezas de serafines que sirve actualmente de peana á Nuestra Señora.

La predilección de D. Carlos *el Malo* al santuario de Ujué se manifestó de varios modos: él fué, según tenemos entendido, quien le dotó con el elegante aunque sencillo pórtico que hoy luce, donde son de bello carácter escultural el tímpano, que representa la *Adoración de los santos Reyes* y la *Cena de los Apóstoles*, y los capiteles que apean las archivoltas, cuajados de figurillas del Antiguo y Nuevo Testamento y quimeras simbólicas de muy graciosa forma; él fué quien hizo la obra de su gran nave y la decoró con pinturas murales, de las que aún se conservan restos de hermoso dibujo (1), y á las cuales da particular interés el nombre del pintor *Martinez de Sangüesa*, que las ejecutó (2); él fué por último quien se propuso establecer

(1) Debemos á nuestro amigo D. Juan Iturralde el ligero croquis que damos aquí de estos vestigios de una pintura mural que, á juzgar por lo sentido y elegante del dibujo, hubiera sido de grande interés conservar para la historia del arte. El caso para la misma historia del monumento hubiera ofrecido interés, porque hay entre dichos vestigios un escudo de armas, el cual indudablemente pertenece á alguna ilustre familia que, siguiendo el ejemplo del monarca, contribuyó á la decoración pictórica del templo. El escudo lleva al parecer dos lobos andantes de oro en campo rojo, y una bordura azul con ocho escuditos de oro con banda de gules. El escudo sin la bordura pertenece á la familia de Gurrea, de Aragón, si los dos animales andantes son en efecto lobos; si no lo son, ignoramos su especie.

(2) Lo descubrió en la parte inferior de una de las pinturas el Sr. Iturralde escrito de esta manera: **MARTINEZ : DE : SANGÜESA.....**  
**ZO :.....ABOR.** que leemos así: *Martinez de Sangüesa hizo esta labor.*

en Ujué una Universidad, que desgraciadamente no pudo ver erigida por los graves empeños en que le constituyó su guerra con Castilla. Pero al morir quiso no quedase desmentido aquel afecto, y así como dejó su cuerpo á Santa María de Pamplona y sus entrañas á Santa María de Roncesvalles, dejó su corazón á Santa María de Ujué. No vamos aquí á repetir lo que al bosquejar el carácter moral de este rey dijimos refiriendo su muerte,



UJUÉ.—FRAGMENTO DE UNA DE LAS PINTURAS MURALES DE LA IGLESIA

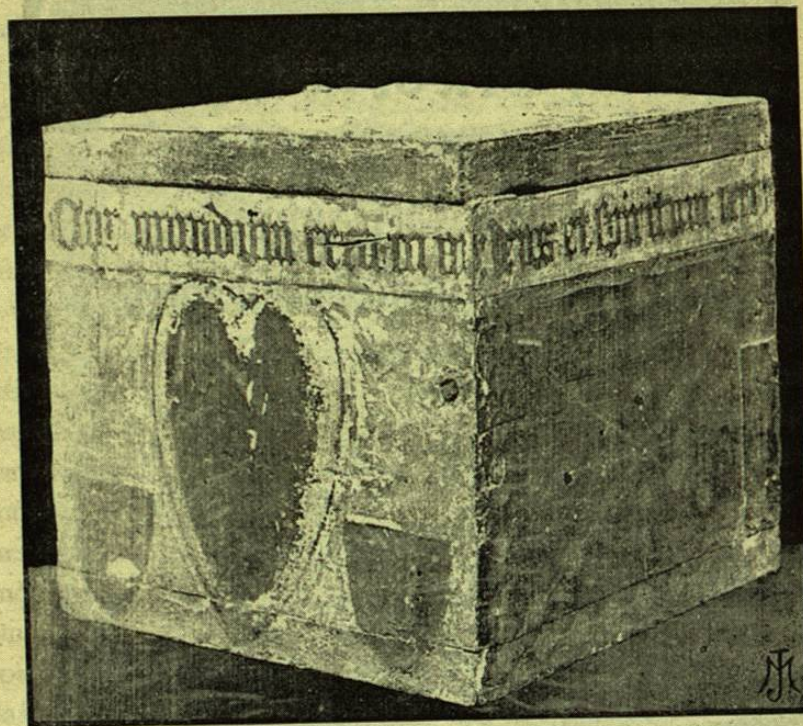
despojada de los accidentes dramáticos forjados para denigrar su memoria (1); tampoco repetiremos la narración de los interesantes hechos que nos han revelado los archivos respecto de la manera como se cumplió su disposición testamentaria en orden á la división que había de hacerse de su cadáver. Hemos visto cómo embalsamó el judío Samuel su cuerpo, sus entrañas y su corazón (2); cómo hizo Juan el *estanyer* el pichel en que se guardó éste (3); cómo y de qué manera se celebraron en esta iglesia de Ujué las exequias del egregio difunto, armando en ella el correspondiente catafalco, construído por el carpintero Aparicio y revestido con paños de oro y paramentos negros realzados con escu-

(1) Tomo II, cap. XVIII, páginas 305 y siguientes.

(2) Ibid., páginas 310 y 311.

(3) Ibid., pág. 311.

dos que pintaron Juan Oliver, Jimeno de Gorriz y otros artifices, y engalanando la nave con escudos enlazados en fúnebres guirnaldas (1). Faltábanos saber qué se había hecho con el corazón del rey Carlos *el Malo* después de encerrado en su pichel de estaño y de traído á esta iglesia, y gracias á nuestro generoso guía D. Juan Iturralde, el fotógrafo ha podido



UJUÉ.—ARQUILLA QUE CONTIENE EL CORAZÓN DE CARLOS EL MALO

encaminarse derechamente al paraje donde ella le tiene depositado; y yo, merced á ambos, puedo ahora satisfacer tu justa curiosidad. Lo haré con las mismas palabras próximamente de aquel mi querido amigo, añadiendo algunas observaciones de mi cosecha.

(1) Ibid., pág. 313.

Sobre el altar de San Joaquín hay en la pared un nicho con su puertecilla de hierro, en la cual se lee escrito con caracteres dorados: «Aquí yace el corazón del señor Don Carlos II, Rey de Navarra: año 1386.» Dentro de este nicho está la arquilla que lo contiene. Es cuadrada, de unos 25 centímetros de lado,



UJUE.—INSCRIPCIÓN DE LA ARQUILLA

y la forman gruesas y toscas tablas pintadas: en su frente y en la cara opuesta destacan, sobre fondo negro, ramajes amarillos groseramente trazados, y en el centro un gran corazón rojo entre dos pequeños escudos con las armas reales de Navarra. Los costados, rojos también, lucen las cadenas heráldicas de color amarillo, que quizá en su origen fué dorado; en la parte

alta, en una faja blanca que rodea la arquilla, se leen estas palabras, escritas en caracteres góticos negros con inicial roja: *Cor : mundum : crea : in : me : Deus : et : Spiritum : rectum : innova : in : visceribus : meis.*—La tapa es blanca exteriormente, y en ella se ve escrito lo que sigue en letras negras, góticas también: *Aquí está el corazón del rey Don Karlos qui morió en Pamplona la primera noche de jenero, l' ayno de la incarnation de nuestro Seynnor ml. ccc. lxxx et VI et regnò XXXVII ainos et vivió lllll ainos llll meses et XXII dias. Dios por su mercè la faga perdon. Amen.* En la cara interior de la tapa hay estas palabras: *Reparóse año de 1571.*—Esta arquilla, construcción probable del carpintero Aparicio, dado que él corrió con todas las obras de su oficio que se ofrecieron con motivo de la muerte de Carlos II, y pintada por alguno de los artífices que se emplearon en la ejecución de los escudos para el ornato del templo en las honras, contiene dos actas, extendidas en las dos ocasiones en que fué abierta, y dos pichelos, uno esférico de estaño, partido, y otro rectangular, de latón, con tapa de cristal, soldada para que no pueda abrirse. El esférico, que fué el que primitivamente contuvo el corazón del rey, y que construyó Juan *el estañero*, ha quedado abierto, vacío é inutilizado: el rectangular es el que le sustituyó en el siglo xvi, cuando se hizo la reparación del año 1571, y entonces se introdujeron en él, juntamente con la regia víscera que disecó el hebreo Samuel, puesta sobre un paño blanco y ya convertida en una masa rugosa de color rojo negruzco con cristalizaciones azuladas, dos esponjitas que quizá estuvieron impregnadas de sustancias aromáticas y antipútridas.—Este es el corazón de Carlos *el Malo* de Navarra: de aquel rey que llenó con su nombre la Europa entera, del monarca más temido de su siglo; y disecado, momificado, rugoso y todo, aún parece que de su seno se exhalan rumores de tormenta; aún se cree que de un momento á otro va á reanimarse y á latir con ímpetu recordando la terrible expiación de Rouan, y las aclamaciones del pueblo de París.

La iglesia de Santa María de Ujué recibió muchas dádivas de los reyes anteriores y posteriores á Carlos II; pero nada conserva de un tesoro, que debió ser del mayor interés así por el origen de las joyas que le componían, como por el mérito artístico que naturalmente tendrían éstas. Además de la rapacidad que acompaña á las guerras, contribuyeron á destruirlo los incendios. Á fines del siglo xv ó principios del xvi ocurrió uno que se cebó principalmente en el presbiterio y motivó la renovación del altar mayor y de una gran parte del ornato del templo. Cuéntase que mientras el altar ardía como una inmensa hoguera y se reducía á cenizas, la efigie de Nuestra Señora permanecía milagrosamente ilesa, y que habiendo entrado á la sazón en el templo un devoto de María, al aproximarse al altar lleno de zozobra por temor de la pérdida de la imagen, ésta se le echó en los brazos, dándole á entender con tal prodigio que en ellos libraba su salvación de las llamas. Él entonces la trasladó á otra capilla en cuanto cesó el fuego, y en ella se le dió culto hasta que, restaurado el presbiterio y colocado en él nuevo altar mayor, pudo volver la imagen á su antiguo sitio. — Con aquel incendio se destruyó entonces un precioso testimonio del milagroso poder de la Virgen de Ujué, cual fué la estatua votiva de un caballero en quien se obró por su intercesión otro insigne prodigio. Refiérese que habiendo cegado el famoso castellano Don Gonzalo Bustos, ó Gustios, desahuciado de la ciencia, puso su esperanza en la Virgen, y se encaminó á este Santuario, ya en su tiempo célebre, acompañado de sus servidores: prevínoles que le avisaran en cuanto se descubriese el sagrado templo, lo cual sucedió cerca de la cruz de piedra que hemos visto en el campo á la parte noroeste del pueblo, y apeándose entonces del caballo, y postrándose en tierra, subió de rodillas el áspero camino hasta llegar á la presencia de la santa imagen, la cual en el acto le hizo recobrar la vista. El castellano agradecido había puesto su estatua orante para recuerdo en el presbiterio, vuelta hacia Nuestra Señora, y calcinada aquella estatua con el

referido incendio, sus descendientes en el siglo xvi colocaron la que hoy vemos, adosada á un pilar sobre una sencilla repisa en el presbiterio renovado.

Los vecinos de Tafalla son los más asiduos devotos de este santuario entre todos los pueblos comarcanos. Sus peregrinaciones se repiten con rigurosa exactitud en determinados días del año. Y vas á presenciárlas. — Llega el domingo siguiente á la fiesta de San Marcos evangelista, y desde las dos de la noche empiezan á repicar en Tafalla las campanas de Santa María convocando á los romeros. Á las cuatro de la madrugada, después de oír misa y de una breve plática que les dirige el vicario de la parroquia, sale la procesión, vestidos todos



UJUÉ.—ESTATUA DE D. GONZALO DE BUSTOS

de túnicas y capillos negros, con cuerdas ceñidas al cuerpo y con una cruz al hombro, de la cual les viene el nombre de *cruceros*, y se encaminan al occidente hacia San Martín de Unx, villa distante de la ciudad más de dos leguas, donde se les incorporan otros devotos de la comarca. Son de 700 á 800 los romeros, y van silenciosamente desfilando al incierto fulgor de la alborada, como inmensa culebra que se desliza por entre breñas y matorrales, sin que les

al norte, viéndose aún sobre el mismo portal un robusto torreón, con su puertecilla encima del arco de éste, y una especie de corredor, resto de la primitiva fortaleza. Siguen por sus costados dos trozos de muralla, presentando á la parte de poniente una elevación con un círculo de muros arruinados, fosos y contrafosos, que claramente denotan haber sido aquello castillo: nombre que dan los naturales á este paraje. Otro torreón, con sus almenas y matacanes, existe en la parte de levante, que es la más elevada del pueblo (1). El castillo de San Martín de Unx fué dado por Carlos *el Noble* en 1391 al alférez D. Carlos de Beaumont, durante su vida; ya antes, en 1378, su padre Carlos II había otorgado el señorío perpetuo del pueblo al vizconde de Castelbon, Roger Bernart de Foix, con reversión á la corona á falta de herederos; y debió revertir sin duda, porque D. Juan II lo concedió, juntamente con el de Beire, pueblo no distante, á Bernat de Ezpeleta, caballero mayor que había sido del malhadado Príncipe de Viana.

Una rápida correría por los pueblos de ambas orillas del río Aragón corriente abajo, desde Sangüesa, donde le abandonamos para volver á Pamplona y prepararnos á bajar á Puente la Reina y Estella (2), nos servirá ahora como de amena distracción antes de penetrar en la majestuosa Tudela, que sólo á Zaragoza y á Logroño cede la primacía en la extensa corriente del caudaloso Ebro.

CÁSEDA.—Esta villa, que presenta como uno de sus más preciados timbres el famoso fuero que le otorgó D. Alonso *el Batallador* (3), y que con razón se enorgullece de haber sido siempre, como pueblo de frontera, fuerte valladar de la independencia navarra contra los embates de los aragoneses, tuvo un importante castillo que ya en tiempo del rey D. Juan II estaba

(1) *Descripciones de Navarra*, Ms. cit. de la Real Academia de la Hist. t. II, *Merindad de Olite*.

(2) Tomo II, cap. XXIII.

(3) V. en YANQUAS, *Diccionario de Antigüedades* art. CÁSEDA.

muy quebrantado, por lo cual lo cedió á Martín Martínez con la condición de que él y sus hijos lo reparasen (1). Esto fué en 1431, pero á la cuenta no cumplió la condición el favorecido vasallo, porque el mismo rey, treinta y un años después, lo donó con el lugar á mosén Lope de Vega por señalados servicios que le había hecho. Para nosotros su más ilustre blasón está en haber conservado las joyas artísticas que posee: el retablo mayor de su parroquia de *Santa María*, donde el gran escultor pamplo-nés Miguel de Ancheta representó en medallones (2), ejecutados en madera de nogal, varios *misterios de nuestra redención*; y su ermita de *San Zoylo*, obra preciosa del siglo XIII con una bella portada de muy esmerada escultura (3). Pero este interesante templo que como por milagro, y gracias á la solicitud con que la parroquia le atiende, se mantiene en pié, se hundirá forzosamente por la inopia de una nación destrozada y consumida en el juego de la política, que no puede consignar en el presupuesto de Gracia y Justicia para la *reparación de todos los templos de España* sino una miserable suma que no llega á millón y medio de reales!

GALLIPIENZO.—También este pueblo, aunque algo más separado que Cáseda de la raya de Aragón, tiene fisonomía antigua de adalid de frontera. Su castillo fué cedido por D. Carlos II, juntamente con el lugar, sus pechas, su bailiazgo y su

(1) YANQUAS: *ibid.* Decía en esta ocasión el rey que el castillo de Cáseda estaba caído y no tenía falsa puerta ni salida por donde meter socorro, *antes es situado en medio del cortijo del lugar, por lo qual es de poco provecho para el tiempo de guerra.*

(2) Lo hizo en 1581 por el precio de 4500 ducados de Navarra, y lo pintó y doró en 1778 Juan Martín Andrés por la cantidad de 1000 ducados. Ceán Bermúdez no tuvo conocimiento de esta bella obra del gran escultor navarro.—Los altares colaterales de *San Miguel* y *Santa Catalina* tienen retablos de pintura, que son obra ejecutada por Juan de Landa, vecino de Pamplona, en el año 1600, por la cantidad de 3787 ducados; pero se hallan en mal estado de conservación, debido principalmente, según me informa el ilustrado párroco D. Donato Sagüés, á algunas torpezas cometidas con estos lienzos en tiempos ya remotos.

(3) Desgraciadamente esta ermita ofrece algún resentimiento en su nave, por efecto de las goteras que no es posible evitar sin un considerable gasto. «La fábrica de la iglesia se encuentra sin fondos (nos dice el celoso vicario, Sr. Sagüés), y el Ayuntamiento no puede por sus muchas atenciones anticipar cantidad alguna.»